dura escarcha de los caminos solitarios, a robar los pinos de los montes; o en la de uno de esos gitanos astrosos, que pintan los burros, y les dan arsénico, y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan? ¡Tan bueno, tan noble, tan agudo como eres! ¡Si al hombre que es bueno debieran decirle asno! ¡Si al asno que es malo debieran decirle hombre! *Platero,* amigo del viejo y del niño, del arroyo y de la mariposa, del sol y del perro, de la flor y de la luna... ¡Ay si tu peluda cabezota idílica supiera que ha habido un hombre que te ha hecho justicia...!

Dondequiera que haya niños, no sólo bajo el cielo azul, rosa, grana, oro, malva de Moguer, sino en cualquier rincón del mundo, estará *Platero.* Y cuando falte el de carne y hueso, será un *Platero* de cartón o de trapo, un burrillo encantador, al que cualquier niña podrá llamar *Platerón, Platerillo, Platerete, Platerucho...* Y siempre habrá también un enamorado poeta que te colocará una corona de perejil como a un lacedemonio.

JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE

CINCUENTA ANIVERSARIO DE LA ACTIVIDAD LITERARIA DE ALFONSO REYES

Con motivo del L aniversario de la actividad literaria de Alfonso Reyes, es oportuno dedicar un recuerdo—cordial y respetuoso—a la figura de este intelectual mexicano, que durante cincuenta años ha venido cumpliendo con ejemplar actividad y valiosos frutos la noble tarea de un magisterio cultural que abarca por igual a varios sectores del quehacer de la inteligencia humana, desde la pura creación literaria y filosófica hasta los trabajos de crítica, de erudición, de periodismo, sin olvidar las tareas pedagógicas y diplomáticas.

Alfonso Reyes, en efecto, bien merece el apelativo de polígrafo. El es, en el más amplio y genuino sentido de la palabra, un humanista, y podría comparársele, sin riesgo de caer en hipérbole, con uno de aquellos hombres de la Grecia clásica o del Renacimiento, que dejaron para siempre en la Historia la huella de su sabiduría. Porque Alfonso Reyes ha puesto de relieve, a lo largo de su vasta obra—cuya simple enumeración de títulos no cabe en

los límites de esta breve nota—, la magnitud y pluralidad de sus conocimientos y la altura y la nobleza artísticas de su inspiración creadora. En la literatura como en la filosofía, en el periodismo como en la cátedra, en la diplomacia como en la investigación histórica y en la poesía, ha demostrado unas singulares dotes, que le emparentan simultáneamente con los grandes maestros de cada una de esas especialidades.

Es imposible, pues, hacer aquí un recuento, por resumido que fuere, de la actividad intelectual de Alfonso Reyes. Pero sí cabe señalar algunas de las notas más características de esa inmensa obra de cultura. Y para ello podrían seleccionarse estas tres: la universalidad, el espíritu de perfección y la sobriedad. En cuanto a la primera—la universalidad—no sólo destaca a simple vista en la amplitud y riqueza de la temática de Reyes, sino también en la calidad misma de los temas que alimentan su preocupación intelectual y en el propio proceso biográfico del hombre. Alfonso Reyes, en efecto, ha vertido su atención sobre los problemas y los principios más generales de la cultura, y ha demostrado, al tratarlos, una profunda y completa preparación científica. En la literatura, por ejemplo, desde Homero a nuestros días no hay un solo nombre egregio que falte en su bibliografía, y son de destacar, entre muchos otros, sus estudios y traducción de la *Ilíada*, los reunidos bajo el título de *Homero en Cuernavaca* y los que versan sobre las literaturas española, mexicana e hispanoamericana. Al mismo tiempo, su apetencia intelectual le ha llevado a recorrer una buena parte del mundo en viajes diplomáticos y de estudio, entre los que debe subrayarse una estancia de diez años en España. Por todo ello, en fin, Alfonso Reyes ha ganado justamente el título de maestro de América.

Una segunda nota consiste, según se dijo, en el espíritu de perfección que trasluce toda la obra de Reyes, en su conjunto y en cada uno de los libros que la componen. Espíritu de perfección sumamente exigente, que resplandece en la calidad de los materiales empleados, en la elaboración de éstos y en la agudeza y valor con que elige y recorre los trayectos culturales que constituyen sus estudios.

Sobriedad, por fin, que es sencillez, amor a lo limitado, limpieza de todo fárrago o ganga exuberante. Ya el maestro Eugenio d'Ors—con su habitual perspicacia—lo dijo hace treinta y dos años, cuando, en 1924, Alfonso Reyes abandonó a España: la imagen de un monstruo presidía y casi llenaba el mapa de Hispanoamérica. Ese monstruo se llamaba Exuberancia. Pues bien: Alfonso

Reyes suyo cumplir esta gran tarea: él fué—escribe D'Ors—"el que le ha torcido el cuello a la Exuberancia y ha dejado limpio de su imagen mítica el mapa ideal de nuestra América".

He aquí, en síntesis, la labor cumplida por Alfonso Reyes, que hoy gozosamente repasamos con ocasión del merecido homenaje a su figura. Pero, junto con el homenaje, no puede faltar, dolorosamente, un pequeño reproche. Hablo desde España y en el año de 1956, y en este lugar y en este tiempo no puede dejar de notarse un cierto alejamiento del maestro con respecto a los que aquí vivimos y trabajamos, desde hace algunos años, en la común tarea cultural hispánica. Por eso, en estas bodas de oro que Alfonso Reyes celebra con la actividad literaria pedimos a Dios que conserve la vida del hombre para bien de la Inteligencia, y que abandone para siempre—si los tiene—cualesquiera prejuicios—desde luego infundados—para bien de la Comunidad hispánica.

JAIME DELGADO

UNA SEMANA DE CINE ESPAÑOL

Durante siete noches consecutivas hemos visto al hilo siete películas españolas en la notable Semana del Cine Español, en Buenos Aires. Interesante y fecunda experiencia. Ella ha sugerido las reflexiones que apuntamos a continuación:

1. CINEGRAMAS

Hace ya muchos años, más de veinte, en un cursillo sobre Lope de Vega, dado en ocasión del III Centenario de su muerte en el Ateneo Iberoamericano de Buenos Aires, sugerí tímidamente la idea de que el teatro del *Fénix*, como el de todos sus continuadores, era, en realidad, una primera tentativa cinematográfica *avant la lettre*. Tenía esa dramaturgia, dije entonces, la celeridad, la variedad, el azogue, el interés radicalmente dinámico, de *linterna mágica*, que, fabulosamente desarrollado, iba a utilizar mucho después el cinematógrafo, una de las más revolucionarias y trascendentales entre las invenciones de la mecánica contemporánea.